

Detrás de la Foto

por Elina Berro

COMO desmayada, los ojos en blanco, los opulentos brazos cayendo abiertos sobre el triangular silloncito Art Nouveau, el abanico en una mano, el pie invisible alzando la pollera recamada, último gesto escalonado de una actitud estudiada, incómoda, deliberadamente poética... Así?

El hombrecito sacó la cabeza debajo de la capucha negra, verdugo insaciable de la espontaneidad, y frunció los párpados. Por un instante porfiaron los dos, fotógrafo y modelo, por quién imponía una versión propia de la Belleza, con mayúscula. No, no, falta algo... Más expresión, señorita Agustini, más vida, cómo decirle?

"Y era mi mirada una culebra apuntada entre zarzas de pestañas, al cisne reverente de tu cuerpo. Y era mi deseo una culebra..."

La señorita Agustini cambió de postura, suspiró, se acomodó la ancha cinta que sostenía —es un decir— el pelo fino y profuso, encendido en lo alto de su cara blanca y oval, llena de ojos. Estaba cansada, dos horas posando y cuando ponía la mirada, el brazo se le movía de lugar y cuando el brazo estaba bien, había que torcer el cuello. Falta mucho?

Nena— dijo una voz desde el fondo del salón, en la penumbra, ahí donde se acumulan las mayólicas y las barandas de falso mármol, los atardeceres y los canales de Venecia pintados sobre telones. Nena, será posible que no entiendas lo que es sacarse una fotografía? No puedes estar quieta un rato, hija?

La verdad sea dicha que era precisamente la quietud lo que provocaba los desastres. Inmóvil desde hacía mucho, los músculos forzados se distendían sigilosamente y zás! saltaban en movimiento ahí donde menos se esperaba. La muchacha era un ser indolente, capaz de estarse las tardes casi sin moverse, sentada entre los bibelotes de la sala o escribiendo con la poca luz que dejaban pasar los macramés. Pero no tenía testigos, nadie para exigirle una postura de estatua.

"Piedad para los cuerpos revestidos del arminio solemne de la Calma, y las frentes en luz que sobrellevan grandes lirios marmóreos de pureza, pesados y glaciales como témpanos..."

Nadie para sorprenderla. El hombre sacudió la cabeza. Si la señorita se empeña en no seguir sus consejos, él renunciaba al trabajo. El era un artista, nada de sacar fotografías que luego parecieran instantáneas, sin ningún sentido. La señora se levantó y vino hasta la joven, que parecía haberse dormido, callada, ausente. Delmira! Un pistoletazo no la hubiera sacudido tanto como esta voz materna, que resonaba hasta los confines más perdidos del recuerdo, acarreado de inmediato un reflejo de total obediencia.

"Así bajo los rostros sombríos y risueños
yo viví sin vivir, largo tiempo, rezando.
O en la rueda tranquila de las horas
lindo
los copos impecables de una seda de ensueños..."

Bueno, quizá alguna de las poses quedara bien. Podrían venir la semana que viene a ver las muestras? La joven sonrió, mientras se acomodaba con un largo pincho cuajado de esmalte, el sombrero de tules. Dió un paso atrás, se miró en el espejo de cuerpo entero. Una bella mujer, no dejó de apretar el fotógrafo, y un chispazo premonitorio lo dejó pensativo mientras acompañaba a las damas a la puerta. Se esmeró cuidadosamente con el revelado, algo le decía que esta fotografía iría a ser célebre.

"En mi raro tesoro,
hay, entre los diamantes y los topacios
[de oro,
y el gran rubí sangriento como enconada herida,
el capullo azulado y ardiente de una
[estrella
que ha de abrir a los ojos suspensos de la
[Vida,
con una lumbre nueva, inmarcesible y
[bella..."

Cincuenta años después (cincuenta y dos, o tres, qué importa?) la fotografía de aquella tarde se halla expuesta entre los recuerdos, los encajes amarillentos, las postales pintadas por ella, las cartas y todas esas cosas menudas y fugaces, patéticamente femeninas, que tuvo en sus manos Delmira Agustini, trágica, genial, maravillosa poetisa, mujer de Montevideo.